
La infancia secuestrada

Josep Otón

El 16 de abril conmemoramos el Día Internacional contra la Esclavitud Infantil, una tragedia que aún afecta a unos 150 millones de niños en todo el mundo. A menudo olvidamos que gran parte de nuestro bienestar se sostiene sobre la explotación de los más vulnerables. Un tercio de la humanidad se las ingenia para conseguir los precios más ajustados sin darse cuenta de su complicidad con la injusticia global. Lo reconozcamos o no, consumimos compulsivamente productos fabricados por los esclavos del siglo XXI, sin apenas sentirnos responsables de semejante saqueo.

Los niños, las mujeres y los habitantes de zonas desfavorecidas sufren las consecuencias de nuestra avaricia. Las modernas torres de Babel se levantan sobre cimientos de dolor.

Niños soldado, abusados, obligados a realizar trabajos deplorables, abocados a la ignorancia, al analfabetismo o a la delincuencia... Somos una sociedad suicida capaz de secuestrar su propia infancia. Al impedir que los niños sean niños, gocen de su ingenuidad e inocencia, jueguen, aprendan y rían, perdemos la sensibilidad que nos hace ser quienes somos: seres humanos.

Un niño explotado es una vida truncada. Aunque alcance la edad adulta, no habrá vivido lo que le correspondía. Tal vez llegue a ser un trabajador competente, pero en su curriculum habrá un vacío irremplazable: su infancia.

Jesús en el Evangelio es compasivo con todo el mundo. Muestra constantemente su predisposición a perdonar. En cambio, sus palabras se revisten de una extraordinaria dureza cuando las víctimas son los niños (Mt 18, 5-6).

Aprendemos a ser personas ayudando a crecer a los más pequeños. Cuidar a los más vulnerables es el camino para ser más humanos. Maltratarlos y explotarlos es tomar partido por la injusticia y por tanto, renunciar a la grandeza de nuestra condición. ¡Rescatemos a los niños! ¡Salvemos a la humanidad! —

despertar

